

El Estado es mi papá

Toni Segarra



A lo mejor solo me pasa a mí, pero ofende a mi escasa inteligencia encontrarme en las entradas de los parques de la ciudad unos carteles que me informan de que bajo los árboles puedo encontrar sombra para protegerme del sol. Y que, a esa sombra, que lleva ahí toda la vida, la vamos a llamar ahora *refugio climático*.

Estos días nos hemos visto asaltados por unos anuncios del Ministerio de Sanidad reveladores de la misma deriva. El eslogan de la campaña es: “Un verano de cuidado”, y el objetivo parece ser darnos instrucciones precisas para comportarnos correctamente en los meses de calor. “Refréscate”, “Hidrátate”, “Protégete” nos grita imperativo el Gobierno, y a continuación, en el tono cariñoso que le dedicamos a nuestros hijos o a nuestras mascotas, mandatos como: “El paseo con gorra, cremita, y solo con la fresca”, o “Agüita todo el rato, aunque no tengas sed”. Todo ello convenientemente animado por unos dibujitos amables, coloridos y especialmente simples. Sí: cremita, agüita, dibujitos...

David Ogilvy, quizá el publicista más célebre de la historia, acuñó una frase que el consenso del tiempo ha transformado en dogma de nuestro oficio: “El consumidor no es un idiota, es tu mujer”. Respetar la dignidad de quien escucha tus mensajes, su inteligencia, su madurez (que es al mismo tiempo una manera de respetar tu propia dignidad), es una obligación moral, por

más que demasiado a menudo se ignore. Despierta un consenso notablemente amplio la idea de que en los últimos tiempos tendemos a sobreproteger a nuestros hijos. Intervenimos en exceso en sus vidas y evitamos que se enfrenten a desafíos y cometan errores que impiden un aprendizaje y un desarrollo razonable, lo que conduce a generaciones con problemas de autoestima, dependencia e inseguridad. Sin embargo, no parecemos reaccionar de la misma manera ante la evidente sobreprotección del Estado.

Creo que es algo que todos percibimos porque es muy obvio, pero se han realizado numerosos estudios sobre el nivel infantil del lenguaje que utiliza Donald Trump: “El vocabulario que utiliza es mi-

saber lo que nos interesa. La democracia nos trata como seres adultos. Es una verdad reciente, que ni siquiera la lucidez de Ortega, que vivió ya el tiempo del advenimiento de la igualdad, fue capaz de percibir. El siguió insistiendo en la antigua visión de la docilidad, del rebaño. Y del gobierno de la élite. Gomá apunta que no existen masas, como reivindica Ortega, lo que existen son muchos ciudadanos, que no es en absoluto lo mismo. En consecuencia, la fuente de la moralidad, de los valores, se dispersa. Algo que es intrínsecamente bueno: en la democracia obedezco porque me obedezco a mí mismo.

Por el contrario, en la dictadura, que viene de dictar, del que dicta, todos somos menores de edad. Hijos de papá.

ALEX GARCIA



Una sociedad adulta se edifica desde la responsabilidad individual

nimo: lo puede entender un niño de ocho años”. Normalmente se usan esos argumentos para criticarle, pero me temo que, una vez más, estamos minusvalorando su astucia.

Javier Gomá insiste en que la democracia se basa en la idea, o en el ideal, de que todos somos mayores de edad, capaces de

Infantilizar al ciudadano nos arrastra al terreno de las ideologías utópicas, de los populismos, de las dictaduras, de las verdades absolutas, que tienden a la simplificación como alivio a la inevitable, y cada vez más transparente, complejidad del mundo. Es la manera más rápida y eficaz de construir sociedades dependientes de una autoridad firme que decida por nosotros y nos guíe.

Lo que tenemos ahí fuera es incertidumbre, intemperie, a la que hay que adaptarse. Una sociedad adulta se edifica desde la responsabilidad individual. La dependencia de un poder que me cuida, me protege, y por lo tanto me controla, genera inevitablemente irresponsabilidad, y nos aleja de la capacidad de convivir en el respeto a nuestras dignidades particulares.

La consecuencia es la construcción de la asfixiante cultura de la queja en la que vivimos. Si yo no soy responsable de mis actos, hay otro que lo es, y por tanto procedo a reclamarle que resuelva todos mis problemas. Quejarse es el principio de nuestra derrota como ciudadanos mayores de edad.

La democracia es un milagro, afirma Gomá. Eso es lo que nos jugamos.●

El consenso inesperado

Màrius Serra



En octubre hará veinticinco años que publiqué mi primera columna aquí en *La Vanguardia*, en una sección bautizada por Quim Monzó como *El Runrún*, y nunca había topado con un tema que generara un consenso tan elevado. En el 2000 no existían las redes sociales ni los periódicos tenían versiones digitales, con la opción de añadir comentarios en caliente. Los lectores que querían reaccionar a una columna debían enviar cartas franqueadas. Conservo un montón que lo atestiguan.

La generalización del correo electrónico facilitó la interacción, hasta el punto de que en el 2007 publiqué un libro de artículos (*Enviar y recibir*) que incluía las reacciones, reproduciendo tras la columna los textos de los correos, sin divulgar los nombres de los autores. Aún faltaban un par de años para empezar a interactuar por Twitter y era inédito mostrar en negro sobre blanco la variedad de reacciones, a menu-

Hay consenso social para crear un Sindicato de Segundas Residencias

do de signo opuesto, que generaba una columna. Hubo casos que rozaron la unanimidad, como cuando, a raíz del mal llamado crimen del rol, defendí esos juegos y la comunidad de jugadores aplaudió, o cuando por Navidad reproducí sardoníamente fragmentos del *Camino* de monseñor Escrivá y una multitud de miembros del Opus escribieron para intentar hacermee ver la luz. A pesar de ello, siempre había opiniones contrapuestas.

Nunca vi un consenso tan abrumador como hace tres lunes, tras la columna sobre los costos de mantener segundas residencias en los enclaves clásicos del veraneo barcelonés –el Empordà y la Cerdanya– contrapuestos a la gran dificultad de conseguir primeras residencias.

Más allá de las opiniones políticas, religiosas o deportivas, que son las chispas que encienden todos los fuegos, hay elementos inocuos de la conversación social que también generan polémica, como los patinetes, los tranvías o las palomas. Pero las segundas residencias los superan con creces, seguramente porque apelan al sentido de la propiedad. La reacción airada de los comentarios que vertieron los lectores fue tan unánime que si convocan una manifestación, movilizarán a más gente que el Sindicat de Llogateres. Sobre todo si se citan en la AP-7.●

En el año 69 a.C., un joven Julio César, con apenas treinta y un años, viajó a Gades –la actual Cádiz– para cumplir sus funciones en Hispania como cuestor (era el primer cargo del escalafón político). En el 69 a.C., Julio César, cuestor en Hispania, visitó en Gades el templo de Hércules. Al ver la estatua de Alejandro Magno, rompió a llorar: a su edad, Alejandro ya había conquistado el mundo y él aún no había hecho nada memorable. En Roma, la carrera política seguía un *cursus honorum*, un itinerario ordenado y vigilado para ascender, algo así como el currículum vitae de un político... aunque entonces no lo llamaban CV. El sentido actual es moderno, pero eso es otro artículo.

Recuerdo todo esto por la plaga de falsificaciones del CV que nos invade. Ahí está Noelia Núñez, diputada del PP, que se adjudicó un doble grado que no había cursado; Ignacio Higuero, ya exconsejero de Vox de Extremadura, que declaró una licenciatura que no existía en 1993. Por lo menos han dimitido, no como Pilar Bernabé, delegada del Gobierno en la Comunidad Valenciana, que también inventó

Atrápame si puedes

Emilio del Río



una titulación en su CV y ahí sigue. No son los únicos, recordemos a la exministra de Sanidad de Sánchez, Carmen Morón, o aquel presidente del PP, Pablo Casado.

No sé por qué se empeñan tanto en inventarse unos estudios que no han hecho. Pero si en la política actual no hay que hacer un *cursus honorum*. No hay que ser licenciado universitario, ahora graduado, para ocupar un puesto político, como nos

recuerda cada semana el ciceroniano Patxi López.

El caso más Torrente (el de Santiago Segura, no el gran Ballester), por lo mal falsificado que está, es del hasta antes de ayer presidente de los socialistas valencianos y comisionado del Gobierno de Sánchez para la dana, José María Ángel Batalla, que falsificó su título universitario para ser funcionario. Gracias a esta hazaña hemos asistido a un momento memorable: la ministra de Universidades, Diana Morant, defendiendo al falsificador y denunciando la “titulitis” universitaria!

La semana pasada reclamaba Lluís Basat en estas páginas –con buen criterio– que los corruptos, como pasa en EE.UU., deberían devolver el dinero público robado. Con los que nos mienten con su currículum habría que seguir la misma lógica: que cursen las carreras o másteres universitarios que dicen que han estudiado. Ya de paso tendrían que ver, varias veces, la trepidante comedia dramática en la que Leonardo DiCaprio interpreta a un joven y magistral falsificador de títulos y Tom Hanks al implacable agente del FBI que intenta darle caza: *Atrápame si puedes*.●